

FESTIVAL DE CINE CUBANO:

"MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO"

Decir que es un buen cine es decir poco. Recio, combativo, agresivo, polémico, son adjetivos sin sustancia. Tal vez lo más exacto y también lo más elogiado que puede decirse del cine cubano es que expresa la Revolución; la visualiza, la muestra, la hace presente ante nosotros.

El binomio Revolución-Cine comienza formalmente un día de agosto de 1919, cuando Lenin nacionaliza la industria cinematográfica rusa y convierte al recién nacido arte fílmico en un instrumento más de la gran creación colectiva revolucionaria. La gigantesca empresa de inventar la realidad, de crear un orden nuevo, el sueño de dar a luz una nueva humanidad, todo el soplo romántico de la Revolución, iban a expresarse, a difundirse, a propagarse, a llegar a las masas en las imágenes de un cine comprometido. Es la época de Vertov, de Eisstein, de Pudovkin, de Dovjenco, del "auguitki" o cortometraje documental cargado de realidad; es la edad de oro de un cine épico que iba a trasladar a los juegos de luz, a los movimientos de cámara, al ritmo del montaje, a la sucesión de los encuadres, el estremecimiento nervioso de un proceso histórico. Luego vendrá el stalinismo y con él el fin de la poesía; ya no quedará sino el cine burocratizado, esclavo de la ideología oficial.

El cine cubano es heredero de esa tradición y resulta el cine revolucionario más importante de nuestros días, el que ofrece un cuadro nacional más vivo, una visión más profunda, un estilo más novedoso, un logro estético más conmovedor. Con el tono épico, el amor a la tierra y la tendencia a veces documentalista que caracterizaron al cine ruso después del 17, el cine cubano sirve a la transformación global de

un pueblo y la revela. A través de él, grita o canta la Cuba dramática, contradictoria, de la actualidad.

Junto con la empresa audaz del "cinema nuovo" brasileño, junto con la experiencia fílmica que ahora están realizando muchos jóvenes cineastas latinoamericanos, este cine revolucionario es uno de los fenómenos artísticos más maduros, más densos de contenido, de todo el Continente. Esa vanguardia común, que los críticos de "Cine al Día" han bautizado con el nombre de "Tercer Cine", busca ante todo expresar lo nacional y aproximarse con profundo espíritu crítico a la realidad de América Latina.

Una casi palpable muestra del talento, la lucidez, el dominio del lenguaje artístico desplegados en esta clase de cine que no estamos acostumbrados a ver, es la película de Tomás Gutiérrez Alea "Memorias del Subdesarrollo".

Basado en la breve novela del mismo título de Edmundo Desnoes, sin servilismo ante la ideología, antes al contrario, con una cierta dosis crítica frente a la realidad actual de Cuba, este film conduce a una profunda reflexión sobre el hecho revolucionario.

La obrita de Desnoes, escrita en 1967, es la camusiana descripción de una conciencia burguesa frente a la Revolución, a la vez que un diagnóstico del subdesarrollo en la Cuba de hoy. El film, a través de una técnica sin virtuosismos, recoge el mismo ritmo del libro; ritmo lento, incisivo, analítico.

El personaje central es un hombre que ha vivido dos realidades: un antes y un después. En el medio, el hecho cortante, el acontecimiento divisorio de la Revolución, que fracciona su vida en dos mitades. Vive una edad peligrosa, crítica —los treinta y nueve años—, en la cual el hombre ha solidificado su propia visión del mundo, su patrón de criterios, su jerarquía de valores, y empieza a sentirse incapaz de asimilar contenidos radicalmente nuevos. Y ahora le toca vivir en un mundo repentinamente extraño, profundamente distinto.

Además, sus esquemas mentales, toda su organización psicológica interna, responden al **antes** de la Revolución, a la ética burguesa, a la dialéctica individualista en la relación con los otros, el mundo de la clase media alta de la Cuba capitalista, desvinculada de la neta realidad del país. Lo que significa que pertenece a una realidad que empieza a morir en el instante mismo en que nace la Revolución.

Ahora bien, tales esquemas, tales criterios de valor, no funcionan ya, no **sirven** en esta nueva plataforma vital que es Cuba después de 1959. El mundo le queda súbitamente "demasiado grande" y no logra ubicar en él su existencia. Está consciente, es lúcido frente a lo que ocurre, pero en realidad no lo entiende porque asiste a la Revolución como a un espectáculo. Incapaz de comprometerse con ella, desemboca en una crisis de identidad: no sabe qué pasa, ni cómo desenvolverse, ni qué clase de Cuba es ésta que desafía su estructura mental. Se convierte en una vida automarginada del proceso histórico que la rodea, incapaz de relacionarse en esta **nueva dialéctica individuo-grupo** abierta por la Revolución. En mitad de ese momento histórico, atado a la pre-Revolución, se sabe condenado irrevocablemente.

Es intelectual, y de la Revolución le son accesibles los conceptos, las ideas, las palabras, pero el nervio ideológico de la Revolución no le da la clave de lo que ocurre; un foro, una mesa redonda, las palabras técnicas, el nivel intelectual, no le pueden revelar el secreto, no pueden hacer que se integre, no le hacen comprender auténticamente el acontecimiento que ha dividido su vida y lo ha enajenado de sí mismo y del mundo.

Peró este hombre crítico y lúcido comprende que la Cuba revolucionaria es una realidad equívoca, ambigua; hundida en la gran cultura del subdesarrollo, que la Revolución no ha erradicado. La voz en "off" que ambienta algunas escenas lee estas palabras del libro de Desnoes: "Eso ocurre con todo lo que nos rodea: están hundidos en el subdesarrollo. Hasta los sentimientos del cubano son subdesarrollados: sus alegrías y sus sufrimientos son primitivos y directos, no han sido trabajados y enredados por la cultura. La revolución es lo único complicado y serio que les ha caído en la cabeza a los cubanos. Pero de aquí a que nos pongamos al día con los países civilizados pasarán muchos años."

El gran peligro que corre la Revolución consiste, precisamente, en que puede ser, también ella, **subdesarrollada**: un proceso brusco, caótico, palabrero, voluble, desesperado. Una Revolución que no supere el asfixiante tropicalismo y, "como la mujer cubana", o "como las frutas", pase bruscamente "de la madurez a la podredumbre".

Mientras tanto, lo rodea una Cuba dramática, en la hora más intensa, en el minuto más riesgoso de la Revolución: la crisis de 1962, cuando la isla es un polvorín y se establece el cerco naval de los Estados Unidos. Fidel Castro anuncia por televisión la necesidad de aprender a ser revolucionarios con dignidad, y toda Cuba se recoge en un largo minuto de firmeza y de espera.

En ese instante álgido, el personaje central del film es ya un marginado, un destruido, una supervivencia flotante, vacía, sin porqués. Una lucidez en el vacío. Pero las escenas —montaje paralelo de planos generales de la isla en pie de guerra y primeros planos del solitario protagonista— nos revelan que en ese momento crítico el destino de la Revolución es el destino del personaje. Aunque él no se comprometa con la realidad, la realidad sí lo compromete; la Revolución lo arrastra, la historia lo empuja irreversiblemente al destino común. Su enajenación no lo sustrae de compartir el riesgo de todos.

